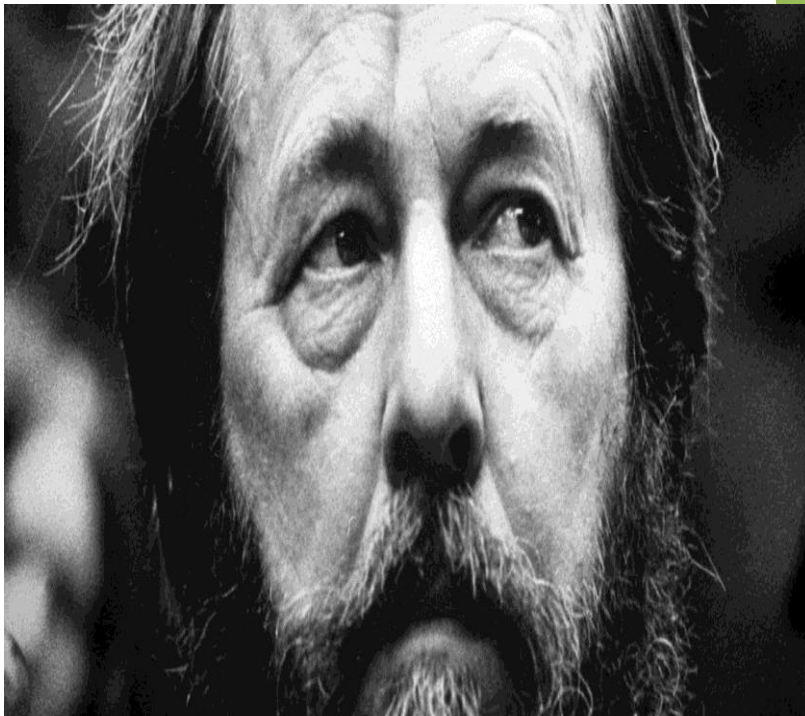




**IGNACIO CABELLO  
LLANO**

**ALEKSANDR SOLZHENITSYN Y LA  
RESISTENCIA AL TOTALITARISMO**



**IGNACIO CABELLO LLANO**  
[ignacio.cabellol@estudiante.uam.es](mailto:ignacio.cabellol@estudiante.uam.es)  
Universidad Autónoma de Madrid  
Enero 2018



## Resumen

Aleksandr Solzhenitsyn (1918-2008), importante escritor y disidente soviético, a través de su experiencia vital y de su producción literaria, no sólo describe y denuncia la barbarie totalitaria de los campos de concentración soviéticos, sino que, por encima de todo ello, testimonia cómo es posible no sucumbir ante la “putrefacción del alma y esclavitud espiritual” pretendidas por cualquier poder totalitario. No obstante, durante su estancia en Europa y Estados Unidos de América descubre que, si en la URSS el producto de esa “esclavitud espiritual” y “rendición del alma” había sido el *Homo sovieticus*, en Occidente el *Homo capitalista* se hallaba igualmente en una situación de crisis y servidumbre espiritual, rendido ante el materialismo, el consumismo y la opinión de masas. Las obras de Solzhenitsyn han sido desde un primer momento interpretadas en clave estrictamente política y utilizadas como arma arrojadiza por unos y otros en el mundo bipolarizado de la Guerra Fría. Sin embargo, el valor de su obra y pensamiento, más que político, es humano, filosófico y ético.

**Palabras clave:** Solzhenitsyn, Aleksandr; Totalitarismo; Unión Soviética; Libertad; Verdad.

## Abstract

Aleksandr Solzhenitsyn (1918-2008) was an important writer and soviet dissident. Through his vital experience and literary works, he does not only describe and denounce the totalitarian brutality of the soviet concentration camps, but, above it all, he shows how it is possible to not give in to the “putrefaction of the soul and spiritual slavery” sought by every totalitarian power. However, during his stay in Europe and in the United States of America, he discovered that, if in the USSR the product of that “spiritual slavery” and “soul surrender” had been the *Homo sovieticus*, in the Western world the *Homo capitalisticus* was in a similar situation of crisis and spiritual servitude, surrendered to materialism, consumerism and mass opinion. Solzhenitsyn’s works have been interpreted strictly in a political way and utilized as a throwing weapon in the bipolarized world of the Cold War. Nevertheless, the value of his works and thought, more than political, is human, philosophical and ethic.

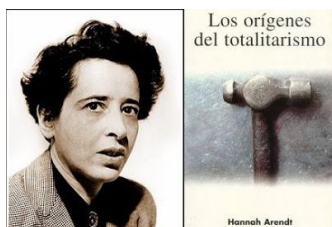
**Keywords:** Solzhenitsyn, Aleksandr; Totalitarianism; Soviet Union; Freedom; Truth.

## Introducción

Si hace escasos meses se ha conmemorado en numerosos espacios públicos a lo largo y ancho del planeta el centenario de la Revolución de 1917, este año tenemos la oportunidad —y, en cierto sentido, la obligación moral— de traer a la memoria la vida y obra de Aleksander Solzhenitsyn (1918-2008), uno de los más importantes escritores rusos contemporáneos, conocido mundialmente por su actividad literaria de disidencia en la antigua Unión Soviética a través de obras como *Archipiélago Gulag* o *Un día en la vida de Iván Denísovich*, en las que denuncia la barbarie totalitaria de los *lager* soviéticos de la que él mismo fue víctima durante ocho años.

No obstante, partimos de una importante premisa expuesta por autores como Joseph Pearce o Adriano Dell’Asta: Solzhenitsyn, a través de su experiencia vital y de su producción literaria, no sólo describe y denuncia la barbarie totalitaria de los campos de concentración soviéticos, sino que, por encima de todo ello, testimonia cómo es posible no sucumbir ante la “putrefacción del alma y esclavitud espiritual” pretendidas por cualquier poder totalitario. En sus obras, por debajo de la descripción y denuncia de determinados momentos de la historia más reciente de Rusia, podemos descubrir importantes reflexiones éticas, morales y filosóficas acerca de todo tipo de problemas que incumben al ser humano, especialmente acerca del totalitarismo y las ideologías.

Tanto su trayectoria vital como su producción literaria obligan al lector a pensar y reflexionar, como hizo él, acerca de cuestiones como el poder, el totalitarismo, la ideología, la pretensión totalitaria de crear “individuos sin individualidad” que no piensen de forma independiente y que se fundan en una única masa uniforme, etc. Del desarrollo de estas ideas nos hemos ocupado en la primera parte del trabajo, titulada *Una nueva lectura de Solzhenitsyn*, en la que hemos reflexionado sobre cuál es su verdadera grandeza o aportación original en relación a la denuncia del totalitarismo. Para ello hemos recogido diferentes fragmentos de algunas de sus obras y los hemos puesto en relación con extractos de *Los orígenes del totalitarismo* de Hannah Arendt.



En la segunda parte del ensayo, de carácter más biográfico, hemos empleado principalmente, aunque no sólo, extractos de sus *Memorias (Coces al agujón, 1977)*<sup>1</sup>, un relato autobiográfico escrito entre 1967 y 1974 que se centra casi exclusivamente en el periodo comprendido entre 1961 y 1974: desde que decide salir de la clandestinidad literaria en la que se encontraba desde hacía doce años —y a la que le dedica un primer y breve capítulo—, hasta que es expulsado de la URSS en febrero de 1974. Trece años, por tanto, en los que nos cuenta al detalle su experiencia como escritor “en la superficie”. Más allá de la mera narración de su vida, también podemos extraer de sus

memorias importantes reflexiones en relación a los temas apenas mencionados.

### Una nueva lectura de Solzhenitsyn

Desde que a finales de los años 60 y principios de los 70 salieran a la luz y se tradujeran las primeras obras de Solzhenitsyn, su recepción y lectura en el bloque occidental se realizó sólo en clave política. En el marco de la Guerra Fría, los capitalistas occidentales recibieron las obras de Solzhenitsyn como agua de mayo, pues constituían un arma importantísima para deslegitimar el comunismo a nivel global; los comunistas y socialistas, en cambio, consideraron que sus libros eran ataques imperdonables al comunismo e intentaron por todos los medios desacreditar a Solzhenitsyn y su producción literaria, como ya habían hecho sus camaradas en la URSS. En ambos casos, ya fuera para elogiarle o para condenarle, la lectura que se hizo de sus obras —o por lo menos la lectura que más trascendió— fue exclusivamente política. Solzhenitsyn, entre la pira y el altar, no fue comprendido y su imagen fue utilizada, por unos y otros, como arma arrojada contra el adversario político<sup>2</sup>.

La grandeza —según los capitalistas— o el delito —según los comunistas— de Solzhenitsyn habría consistido, según esta lectura política, en su denuncia de los campos de concentración soviéticos: desvelando su existencia y monstruosidad habría contribuido de forma decisiva al derrumbamiento del comunismo. Ésta es, sin embargo, una interpretación parcial, inexacta desde el punto de vista histórico —pues muchos antes de él habían denunciado su existencia; pensemos, por ejemplo, en *Un mundo aparte* de Herling-Grudzinski— y, sobre todo, que no recoge lo esencial de su obra: su

<sup>1</sup> Solzhenitsyn, 1977. La primera parte (pp. 7-140) de las memorias fue escrita entre abril y mayo de 1967. Posteriormente añadió cuatro complementos (pp. 141-370) en noviembre de 1967, febrero de 1971, diciembre de 1973 y junio de 1974. Por último, el libro incluye un total de 38 anexos (entrevistas, cartas, telegramas, declaraciones...) a los que el autor hace referencia en el cuerpo del texto, con fechas entre noviembre de 1966 y febrero de 1974.

<sup>2</sup> El propio Solzhenitsyn se sorprende de la cantidad de tonterías que se han dicho acerca de él: «Espero que todo lo que se ha dicho acerca de mí, todo lo que se ha difamado sobre mí, a lo largo del tiempo, se seque como el barro y se desprenda. Es sorprendente la cantidad de tonterías que se han dicho acerca de mí, sobre todo en Occidente. En la URSS había una propaganda en una sola dirección y [ríe] todo el mundo sabía que era sólo eso, propaganda comunista» (Pierce, 2003).



lucha contra la mentira del totalitarismo, su victoria sobre la ‘nada’ totalitaria y su redescubrimiento de una humanidad irreductible. Efectivamente, Solzntsyn no fue grande porque denunciase la existencia de los campos de concentración en la URSS, sino porque tanto en su vida como en su obra mostró, más bien, cómo era posible resistir —incluso en los campos de concentración— a la apisonadora del totalitarismo.

### **El Redescubrimiento de una Humanidad Irreductible**

La filósofa judío-alemana Hannah Arendt afirma que lo que «tratan de lograr las ideologías totalitarias no es la transformación del mundo exterior o la transmutación revolucionaria de la sociedad, sino la transformación de la misma naturaleza humana» (Arendt, 1998: 367), y que uno de sus objetivos elementales —por constituir un requisito fundamental para ejercer la dominación total— era la reducción del ser humano a la nada, «la muerte de la individualidad del hombre, de la unicidad conformada en partes iguales por la Naturaleza, la voluntad y el destino» (Ibid. p.364), «liquidar toda espontaneidad, tal como la simple existencia de la individualidad siempre engendrará, y perseguirla hasta en sus formas más particulares, sin importarles cuán apolíticas e inocuas puedan parecer» (Ibid, p. 365), y, en definitiva, aniquilar «el verdadero espíritu [que] puede ser destruido sin llegar siquiera a laSTRUCCIÓN física del hombre» (Ibid. p. 354):

La dominación total, que aspira a organizar la infinita pluralidad y la diferenciación de los seres humanos como si la Humanidad fuese justamente un individuo, sólo es posible si todas y cada una de las personas pudieran ser reducidas a una identidad nunca cambiante de reacciones, de forma tal que pudieran intercambiarse al azar cada uno de estos haces de reacciones. [...] La dominación trata de lograr este objetivo tanto a través del adoctrinamiento ideológico de las formaciones de élite como a través del terror absoluto en los campos [...]. Los campos son concebidos no sólo para exterminar a las personas y degradar a los seres humanos; sino también para [...] eliminar [...] a la misma

espontaneidad como expresión del comportamiento humano y de transformar a la personalidad humana en una simple cosa, algo que ni siquiera son los animales (Ibid, 1998: 352-352).

Más adelante sigue diciendo que el totalitarismo busca:

...no la dominación despótica sobre los hombres, sino un sistema en el que los hombres sean superfluos, [...] marionetas sin el más ligero rasgo de espontaneidad. Precisamente porque los recursos del hombre son tan grandes puede ser completamente dominado sólo cuando se convierte en un espécimen de la especie animal hombre. [...] la individualidad, es decir, todo lo que distingue a un hombre de otro, resulta intolerable. Mientras que todos los hombres no hayan sido hechos igualmente superfluos —y esto sólo se ha realizado en los campos de concentración—, el ideal de dominación totalitaria no queda logrado. Los Estados totalitarios aspiran constantemente, aunque nunca con completo éxito, a lograr la superfluidad de los hombres (Ibid, 1998: 366).

El objetivo último del totalitarismo no era, como vemos, simplemente instaurar un sistema político o llevar a cabo un proyecto de transformación económica, sino que en última instancia pretendía la creación de un hombre nuevo, el *Homo sovieticus*, dominado y determinado en todo por el nuevo ‘amo del mundo’, la ideología, que, como afirma la escritora bielorrusa Svetlana Aleksiéovich, «consiguió habitar el espíritu de la gente»:

... el comunismo se propuso la insensatez de transformar al hombre “antiguo”, al viejo Adán. Y lo consiguió. Tal vez fuera su único logro. En setenta y pocos años, el laboratorio del marxismo-leninismo creó un singular tipo de hombre: el *Homo sovieticus*. Algunos consideran que se trata de un personaje trágico; otros lo llaman sencillamente *sovok* [pobre soviet anti-cuado]. Tengo la impresión de conocer bien a ese género de hombre. Hemos pasado muchos años viviendo juntos, codo con codo. Ese hombre soy yo. Ese hombre



son mis conocidos, mis amigos, mis padres (Aleksiévich, 2015: 9-10.)

El propio Solzhenitsyn expresa esta idea cuando dice que el sistema totalitario comunista, «es terrible no porque sea antidemocrático, autoritario y basado en la opresión física — el hombre puede vivir en dichas condiciones sin daño alguno a su esencia espiritual» sino porque «por encima de las opresiones físicas y económicas, exige de nosotros una completa rendición de nuestras almas y una participación continua y activa en la *mentira* general y consciente. Los seres humanos que deseen ser humanos no pueden consentir esta putrefacción del alma, esta esclavitud espiritual» (Solzhenitsyn, 1989: 25-26)

Es justamente frente a esta pretensión totalitaria de reducir a la persona, de «liquidar toda espontaneidad, tal como la simple existencia de la individualidad siempre engendrará, y perseguirla hasta en sus formas más particulares, sin importarles cuán apolíticas e inocuas puedan parecer» (Arendt, 1998: 365) y de destruir el alma o espíritu de los hombres, como ha de entenderse a Solzhenitsyn. Tanto su obra como trayectoria vital testimonian esta irreducibilidad de lo humano: precisamente allí donde la persona parece haber tocado el fondo del abismo, de la inhumanidad y de la mentira; allí donde «el espíritu, el carácter y la individualidad, bajo determinadas circunstancias, sólo parecen expresarse por la rapidez o la lentitud con la que se desintegran» y donde «el resultado final es el hombre inanimado, es decir, el hombre que ya no puede ser psicológicamente comprendido y cuyo retorno al mundo psicológicamente humano o inteligiblemente humano de otra forma, se parece estrechamente a la resurrección de Lázaro» (Ibid, 1998: 354), Solzhenitsyn, en cambio, nos demuestra que el ser humano puede conservar —¡es más, redescubrir!— su humanidad, profunda e irreductible, victoriosa ante la nada y el vacío de la ideología totalitaria. Solzhenitsyn, en definitiva, protagoniza y nos testimonia, a través de su vida y obra, que es posible no sucumbir ante la mentira totalitaria, que es posible la victoria sobre la nada: el redescubrimiento del alma y del 'yo', grandes enemigos de todo sistema totalitario.

El *archipiélago* de experiencias que componen su vida —una formación familiar cristiana; una juventud de convicciones ortodoxamente marxistas; su participación en la II Guerra Mundial como oficial del ejército soviético; la detención y condena al *lager* y al confinamiento interior; el cáncer; su reaceramiento a la fe; la clandestinidad literaria; el sometimiento a la censura y a los continuos ataques por parte del régimen soviético a su libertad; el exilio a Occidente; el regreso a la Rusia post-soviética, etc.—, dio forma a un Solzhenitsyn que, lejos de limitarse a denunciar las barbaridades del totalitarismo soviético sufridas en sus propias carnes, fue un profundo conocedor del ser humano del siglo XX y de los problemas que más le atañen. Solzhenitsyn, consciente de «la imposibilidad de encontrar soluciones de fondo que no incluyan la trascendencia de la persona», supo «mostrarnos un camino posible hacia nuevos y diferentes horizontes, hacia tierras ignotas, a una humanidad cansada de repetir experiencias y de vagar sin éxito por caminos de un supuesto crecimiento indefinido y de interminables desarrollos científicos, económicos y tecnológicos» (López Herrera, 2009: 3)

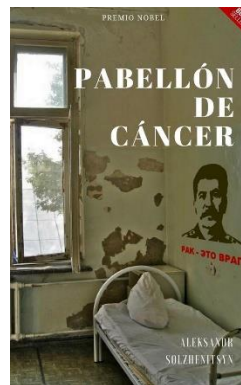
Baste, a modo de ejemplo, recordar tres personajes de Solzhenitsyn que simbolizan esta 'victoria sobre la nada' que permite al hombre, incluso en la peor situación imaginable, preservar la mirada alta y la humanidad intacta. Uno es Shulubin, un paciente del *Pabellón de cáncer* que en un momento determinado le dice al protagonista: «a veces siento con tanta claridad que lo que hay en mí todavía no es todo yo. Hay algo muy, muy indestructible; algo muy, muy elevado. Algo así como un fragmento del Espíritu Universal. ¿No lo siente eso usted?» (Solzhenitsyn, 1993: 393). Shulubin representa al hombre que no ha rendido su alma a la mentira totalitaria y que siente, en lo más profundo de su interior, una fuerza que le permite ser él mismo. O Y-81, un anciano detenido sin nombre con el que se encuentra *Iván Denisovich* y que «había estado en campos y prisiones [...] tanto como hacía que existía el régimen soviético, que nunca se le había aplicado ninguna amnistía, y que a la que cumplía diez años enseguida le endiñaban otros diez» (Solzhenitsyn, 2008: 188-189). Es decir, uno de esos presos que uno se

imaginaría cabizbajo, habiendo perdido toda esperanza y gusto por la vida, sobre el cual los años de condena recaerían como la lápida sobre el nicho. Y, a pesar de todo, Solzhenitsyn lo describe de la siguiente manera:

Entre todas las espaldas encorvadas de los presos, la suya era la única erguida [...] Los ojos del anciano no vagaban por el comedor, sino que miraban absortos, sin ver siquiera, por encima de la cabeza de Shújov. Comía serenamente su sopa aguada con una destartalada cuchara de madera, sin inclinar la cabeza sobre la escudilla, como hacían todos, sino llevándose la cuchara a la boca. [...] Tenía el rostro completamente ajado, pero no estaba demacrado como el de los lisiados consumidos, sino que parecía tallado en piedra oscura. Sus grandes manos, negruzcas y agrietadas, dejaban claro que en todos estos años poco había holgado como enchufado. Pero no le habían doblegado, no claudicaba: no ponía sus trescientos gramos de pan sobre la mesa sucia y pringosa como los demás, sino sobre un pequeño paño requetelavado (Solzhenitsyn, 2008:189).

Este viejo preso, Y-81, no ha perdido su humanidad, no se comporta como un «un espécimen de la especie animal hombre» de los que habla Hannah Arendt, sino que todavía, a pesar de los años de condena vividos y por vivir —y a diferencia del resto de reclusos—, se mantiene derecho, sereno, sin inclinar la cabeza, con una mirada absorta que no vagaba sin rumbo por el comedor sino que estaba fijada en lo alto, y aún no había perdido el deseo humano de que su comida —su pobre y escasa comida— fuese lo más digna posible, y por ello la ponía no sobre la pringosa mesa sino sobre un pequeño trapo ‘requetelavado’. Posiblemente, al igual que Shulubin, este anciano convicto sintiera en su interior «algo muy, muy indestructible; algo muy, muy elevado» que le permitía conservar su humanidad. A pesar de toda la violencia del poder totalitario y de las presiones de la mentalidad dominante, esta realidad del alma no se deja anular nunca de forma definitiva y, como dice Solzhenitsyn, «entonces —en nuestra vida cotidiana, pública, racional, donde no hay cabida para lo misterioso— esa presencia surge de

repente ante nosotros: “Soy yo, ¡no me olvidéis!”» (Solzhenitsyn, 1993: 119).



El propio Iván Denísovich (Shújov) representa una posición ante la vida que desarma al lector y que, de algún modo, desafía al poder totalitario, cuyo propósito a través de los campos de concentración, recordemos, era aniquilar la humanidad de los presos y generar ‘animales-hombre’. Shújov, en cambio, es una promesa de esperanza: incluso en el abismo hay una vida que merece la pena ser vivida con dignidad. Una dignidad que se expresa en el afecto del protagonista por una realidad tan concreta como la del trabajo —forzado, no lo olvidemos—. Todos los días Shújov se despierta con sus compañeros de condena a las cinco de la mañana para empezar su tarea. Salen de su refugio mucho antes de que haya amanecido. Trabajan durante todo el día a veintiún grados bajo cero, extenuados y hambrientos. Al final de la jornada de trabajo aún queda cemento sin usar y el jefe de la brigada les ha dicho que no era necesario aprovecharlo. Iván, arriesgándose a acabar en el calabozo, decide terminar el muro que está construyendo, un muro que no tiene ninguna utilidad práctica y que tan sólo es parte de una condena injusta. Iván, a pesar de todo, decide continuarlo: «El jefe de brigada les había dejado dicho que no aprovecharan el mortero. Por encima del muro, y fuera. Pero Shújov, el muy idiota, es como es, y no ha cambiado en ocho años de campo de trabajo: todo tiene un valor para él, y no puede admitir que se pierda por nada» (Solzhenitsyn, 2008: 144).

Shújov trabaja para sí mismo. No tiene prisa, con urgencia las cosas se hacen mal.



Cuando ha terminado su obra la contempla. Este es otro gesto más de resistencia inconsciente a un régimen para el que es meramente el *número 854*. Shújov representa un peligro para el poder soviético del momento, y para las ideologías aún presentes en nuestros días, porque abraza con sencillez la realidad. Este abrazo es eficaz contra las ideologías porque es leal y justo. Sin dejarse [fuera] ningún factor, Shújov hace un juicio positivo de la realidad. Esta certeza nadie se la puede quitar porque se comprueba en su cotidianidad. Por ello al terminar el día está contento, a pesar de la dureza de las circunstancias (Haro de, 2014): «Shújov se durmió plenamente satisfecho. Muchos habían sido sus triunfos durante ese día [...]. Había transcurrido el día sin que nada lo enturbiase, un día casi feliz. De cabo a cabo, hasta el final de su condena, habrían de pasar tres mil seiscientos cincuenta y tres días así» (Ibid. 2008: 218).

El reconocimiento de una humanidad que incluso en las peores situaciones —como son el cáncer o la reclusión en un campo de concentración, experiencias, ambas, vividas por el autor— puede constituir a la persona y definir su relación con la realidad hasta el punto de permitirle no sucumbir ante la mentira general y consciente y ante la rendición y putrefacción del alma pretendidas por el totalitarismo, es, por tanto, el gran descubrimiento de Solzhenitsyn; un descubrimiento que le sorprende a él mismo en primera persona y que comparte con nosotros, «una humanidad cansada», para «mostrarnos un camino posible hacia nuevos y diferentes horizontes», escribe López Herrera.

### El Totalitarismo y la Mentira Ideológica

Un segundo aspecto capital en la obra de Solzhenitsyn es el papel central que juega la mentira en la ideología totalitaria y la denuncia de sus características y consecuencias. Ya Briáyev, uno de los más importantes escritores y filósofos rusos de la contemporaneidad, también disidente de la URSS, escribió en París en 1939 que «la mentira es el principal fundamento de los así llamados estados totalitarios, que sin una mentira organizadora nunca po-

drían haber sido creados. La mentira es concebida como un deber sagrado hacia la raza elegida, hacia el poder del estado, hacia la clase elegida. No es considerada como una mentira [...]. *La mentira puede incluso parecer la pura verdad*» (Berdíáyev, 1939). El francés Jean-François Revel escribe que «la democracia no puede vivir sin la verdad, el totalitarismo no puede vivir sin la mentira; la democracia se suicida si se deja invadir por la mentira, el totalitarismo si se deja invadir por la verdad» (Revel, 1989: 21). Por su parte, Hannah Arendt sostiene que la esencia del mismo es su pretensión de sustituir la realidad con una idea, con una representación de lo real que ya ni siquiera se preocupa de adecuarse a la propia realidad. El poder totalitario se caracteriza por «su desprecio por los hechos, su estricta adhesión a las normas de un mundo ficticio» (Arendt, 1998: 317) y busca a toda costa «establecer y salvaguardar el mundo ficticio a través de una mentira consistente», apoyándose en la «incapacidad artificialmente inducida para distinguir a los hechos como hechos, entre la verdad y la falsedad» de una élite totalitaria «que jamás se detiene a pensar cómo es realmente el mundo y nunca compara las mentiras con la realidad. Su más preciada virtud, en consecuencia, es la lealtad al jefe, que, como un talismán, asegura la victoria definitiva de la mentira y de la ficción sobre la verdad y la realidad» (Arendt, 1998: 310-312). De este modo, sigue Arendt (1998:379): «el objeto ideal de la dominación totalitaria no es el nazi convencido o el comunista convencido, sino las personas para quienes ya no existen la distinción entre el hecho y la ficción (es decir, la realidad empírica) y la distinción entre lo verdadero y lo falso (es decir, las normas del pensamiento)».

La mentira totalitaria no es como la mentira tradicional, maquiavélica, que todavía reconocía la diferencia entre lo verdadero y lo falso, sino que, para la mentira ideológico-totalitaria, lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, ya no existen *per se* y son constantemente reinventados por el poder totalitario. Es justamente a esta cualidad de la ideología totalitaria —la de usurpar el significado de lo real y reemplazarlo por una ficción— a la que Solzhenitsyn atribuye



el origen del mal y del alarmante grado de violencia alcanzados en el siglo XX:

Para hacer el mal, antes el hombre debe concebirlo como un bien o como un acto meditado y legítimo. Afortunadamente, el hombre está obligado, por naturaleza, a encontrar *justificación* a sus actos. [...] ¡La ideología! He aquí lo que proporciona al malvado la justificación anhelada y la firmeza prolongada que necesita. La ideología es una teoría social que le permite blanquear sus actos ante sí mismo y ante los demás y oír, en lugar de reproches y maldiciones, loas y honores. Así, los inquisidores se apoyaron en el cristianismo; los conquistadores, en la mayor gloria de la patria; los colonizadores, en la civilización; los nazis, en la raza; los jacobinos y los bolcheviques, en la igualdad, la fraternidad y la felicidad de las generaciones futuras. Gracias a la ideología, el siglo XX ha conocido la práctica de la maldad contra millones de seres. Y esto es algo que no se puede refutar, ni esquivar, ni silenciar (Solzhenitsyn, 2002: 90).

¡La ideología! La ideología es aquello que ofrece a quien tiene el poder total la posibilidad de redefinir constantemente el significado de lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso, de modo que, como afirma Hannah Arendt, el objeto de la dominación totalitaria no son el nazi o el comunista convencidos, sino aquellas personas que ya no son capaces de distinguir lo verdadero de lo falso. El hecho de que en el siglo XX se hayan producido víctimas en cantidades desconocidas hasta entonces no depende en última instancia ni de la disponibilidad de nuevos instrumentos de violencia ni de la aparición de ideas monstruosamente malvadas, ni tampoco de la aplicación o ejecución malvada de ideas que son buenas *per se* pero que son arruinadas por la maldad o por los defectos humanos. No se trata de un desencuentro entre diferentes ideas sobre la realidad, sino de un choque frontal entre la realidad y una fantasía que pretende robarle el puesto: la ideología debe eliminar la realidad auténtica y la novedad del mal ideológico consiste precisamente en la pretensión de que exista una idea en cuyo nombre se deba eliminar la realidad. Ya no existe la realidad, sino

aquello que el poder piensa de la misma. Y, según Solzhenitsyn, precisamente en virtud de esta pretensión de sustituir la realidad por una ficción ideológica se han cometido los mayores males de la humanidad.

La eliminación de lo real se convierte en una necesidad estructural de la ideología totalitaria, que se construye sobre «un enfrentamiento directo con la realidad, [...] afirmar que lo imposible es posible, que lo increíble es cierto, que una insana consistencia domina al mundo», y de este modo, el mayor enemigo del poder totalitario es esa misma realidad que está tratando de negar: «cada migaja de información que se filtra a través del telón de acero, establecido contra la siempre amenazante inundación de la realidad del otro lado, del lado no totalitario, es un peligro más grande para la dominación totalitaria que lo que fue la contra-propaganda para los movimientos totalitarios» (Arendt, 1998: 317).

### El enemigo objetivo

En el corazón de esta mentira ideológica nos topamos con el concepto de ‘enemigo objetivo’, adversarios que eran considerados «no como individuos, sino como portadores de tendencias que ponían en peligro al Estado y que por eso se hallaban más allá del umbral de la comunidad nacional», en palabras del jurista nazi H. Hoehn y miembro de las SS (Arendt, 1998: 341). El ‘enemigo objetivo’ es un enemigo político que, tal y como lo define Carl Schmitt, «no necesita ser moralmente malo, ni estéticamente feo; no hace falta que se erija en competidor económico, e incluso puede tener sus ventajas hacer negocios con él. Simplemente es el otro, el extraño, y para determinar su esencia basta con que sea existencialmente distinto y extraño en un sentido particularmente intensivo» (Schmitt, 2009: 157).

Pero Arendt va más allá y dice que los totalitarismos definieron ideológicamente a sus enemigos antes incluso de conseguir el poder, de modo que los enemigos eran considerados como tales por una idea preconcebida y no como resultado de una investigación policial que llevase a sospechar de ellos. «De esta forma, los judíos en la Alemania nazi o los descendientes de las antiguas clases poseedoras en





la Rusia soviética no eran realmente sospechosos de ninguna acción hostil; habían sido declarados enemigos “objetivos” del régimen de acuerdo con la ideología de éste» (Arendt, 1998: 340-341). En consecuencia, la principal diferencia entre el ‘sospechoso’ y el ‘enemigo objetivo’ propio de los totalitarismos es que éste:

... es definido por la política del Gobierno y no por su propio deseo de derrocar a éste. Nunca es un individuo cuyos peligrosos pensamientos tengan que ser provocados o cuyo pasado justifique la sospecha, sino un «portador de tendencias» como el portador de una enfermedad. Prácticamente hablando, el gobernante totalitario procede como un hombre que persistentemente insulta a otro hombre hasta que todo el mundo sabe que el segundo es su enemigo, así que puede, con alguna plausibilidad, ir a matarle en defensa propia (Arendt, 1998: 340-341).

Con el paso del ‘sospechoso’ al ‘enemigo objetivo’ se produce también la «sustitución totalitaria de la sospecha de un delito por la posibilidad de éste. [...] Mientras que el sospechoso es detenido porque se le considera capaz de cometer un delito que más o menos encaja en su personalidad (o en su sospechada personalidad), la versión totalitaria del delito posible está basada en la anticipación lógica de los desarrollos objetivos» (Arendt, 1998: 343). Esta idea de la acusación de ‘enemigo objetivo’ basada en una preconcepción ideológica o en la suposición arbitraria de la posibilidad del delito, la expresa también Solzhenitsyn (2002: 177): «No existen pruebas de culpabilidad, no existen hechos, ni existe una acusación... ¿Qué dirá la Historia? — (¡fíjate tú, qué miedo! ¡Nadie recordará, nadie dirá nada!)—».

Pero más significativa todavía resulta una carta enviada por Lenin al Comisario del Pueblo por la Justicia, Dmitry Kursky, el 17 de mayo de 1922 proponiéndole una reforma del Código Penal que extendía los casos a los que se podía aplicar la pena de muerte y que los formulaba «de modo que podamos identificar estos actos con los de la *burguesía internacional* y su lucha contra nosotros» (Lenin, 1977: 419). En la misiva del 17 de mayo, Lenin le comunica la necesidad de «exponer abiertamente una tesis [...]

que explique la *esencia* del terror, su necesidad y sus límites, y que ofrezca una *justificación* para el mismo»; de «formular los motivos subyacentes, legalizarlo como un principio, de manera clara, sin falacias ni adornos» (Lenin, 1973: 358-359). Lenin se propone «hallar una fórmula lo más amplia posible» para que sean la ley y la conciencia revolucionarias las que establezcan los límites. El borrador del artículo que ha de ser añadido al Código Penal dice así:

VARIANTE 1. La propaganda o agitación, militancia o asistencia a organizaciones cuyo objetivo (de la propaganda y agitación) es asistir al sector de la burguesía internacional [...]; es una ofensa punible con la muerte, la cual, si son probadas circunstancias atenuantes, puede ser conmutada por la privación de la libertad o la deportación.

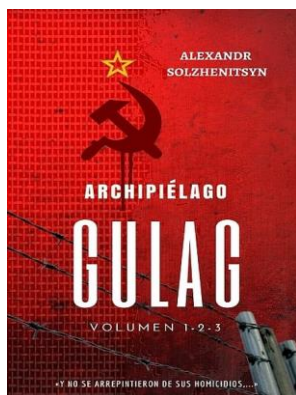
VARIANTE 2. La propaganda o agitación que *objetivamente* sirva (variante 2b) a los intereses del sector de la burguesía internacional [...].

Variante 2b: sirva o *pueda servir* (Lenin, 1973: 358-359).

Lo interesante es que Lenin se corrige en dos ocasiones definiendo, mediante una fórmula lo más amplia posible, al ‘enemigo objetivo’ del régimen: primero propone la pena de muerte a todo aquel que sea acusado de realizar propaganda o agitación cuyo objetivo sea asistir a la burguesía internacional; después propone aplicar la pena de muerte a todo aquel que cometa propaganda o agitación «que *objetivamente* sirva» a los intereses de la burguesía mundial o, en una segunda corrección, que «sirva o *pueda servir*» a dichos intereses. Es decir, se convierte en ‘enemigo objetivo’ del comunismo todo aquel que *sirva o pueda servir* — según las ideas preconcebidas por el movimiento totalitario — a la burguesía internacional. «No existen pruebas de culpabilidad», como decía Solzhenitsyn, pero es que no son necesarias para convertir a un individuo en ‘enemigo objetivo’: «lo que pesa sobre el acusado no es lo que haya hecho, sino lo que podría hacer si no lo fusilan ahora. “No nos protegemos sólo del pasado, sino también del futuro”» (Solzhenitsyn, 2002: 157) porque «la versión to-



talitaria del delito posible está basada en la anticipación lógica de los desarrollos objetivos» (Arendt, 1998: 343).



El de 'enemigo objetivo' se trata, pues, de un concepto en virtud del cual todo aquello que represente una amenaza a la pretensión del poder de lograr un dominio total y absoluto. En efecto, no se trata «solamente de una cuestión de odio a los judíos o a los burgueses», sino que «la categoría de enemigos objetivos sobrevive a los primeros enemigos ideológicamente determinados del movimiento; conforme a las cambiantes circunstancias, se descubren nuevos enemigos objetivos» (Ibid, 1998: 343).

### VIVIR SIN MENTIRA<sup>3</sup>

Durante los últimos años que Solzhenitsyn pasó en la Unión Soviética, exhortó a la población rusa en diferentes ocasiones a 'vivir sin mentira', a no participar personalmente en la mentira ideológica totalitaria: «en nuestro país la mentira se ha convertido no solo en categoría ética, sino también en un pilar del Estado» (Solzhenitsyn, 1977: 450)

... nos ha afectado a todos una muerte espiritual universal [...] Nos han robado la esperanza, y hemos sido tan deshumanizados que por la modesta ración de comida diaria estamos dispuestos a abandonar todos nuestros principios, nuestras almas, así como todos los esfuerzos que realizaron nuestros predecesores y todas las oportunidades para nuestros descen-

dientes [...]. La salida más simple y más accesible a la liberación de la mentira descansa precisamente en esto: ninguna colaboración personal con la mentira. Aunque la mentira lo oculte todo y todo lo abarque, no será con mi ayuda. [...] Es la cosa más fácil que podemos hacer, pero lo más devastador para la mentira. Porque cuando los hombres renuncian a mentir, la mentira sencillamente muere. [...] De modo que cada uno, en su intimidad, debe realizar una elección: o seguir siendo siervo de la mentira voluntariamente [...], o despreciar la mentira y volverse un hombre honesto y digno de respeto tanto para los hijos como para los contemporáneos. [...] Verdad o falsedad: libertad o servidumbre espiritual (Solzhenitsyn, 1974).

Pero la escapatoria de la mentira ideológica y de su radical negación de la humanidad no era posible si se permanecía en un plano teórico, contraponiendo a la ideología una nueva idea, incluso en el hipotético caso de que dicha idea fuese más rica o verdadera que la anterior. Un modo de proceder así, significaría seguir siendo prisioneros de la dialéctica ideológica. Para hacer frente a la mentira ideológica del totalitarismo era necesario salir de esta dialéctica de la primacía de la idea y reencontrar el principio de realidad, reencontrar la verdad 'de lo real' y 'en lo real'. La abstracción de las ideas —plano en el que se mueve la ideología— no puede ser derrotada contraponiendo otras ideas, sino únicamente a partir del *dato* de la realidad —como algo que el ser humano no crea, sino que se encuentra— y de la concreción de la vida, como hemos visto, por ejemplo, en la actitud de Iván Denísovich.

La grandeza de Solzhenitsyn, dice Dell'Asta (2002), reside en su capacidad de superar la ideología no con una idea nueva, sino con una experiencia que remite a la humanidad y al corazón de cada persona: «la línea que separa el bien del mal atraviesa el corazón de cada persona. [...] esta línea se desplaza, ora acosada por el gozo del mal, ora cediendo espacio a un estallido de bondad. [...] del bien al mal sólo hay un

<sup>3</sup> "Vivir sin mentira" fue el título de un texto escrito por Solzhenitsyn en septiembre de 1973 y publicado

en el *Washington Post* en febrero de 1974 días después de ser expulsado de la URSS.



paso. Entonces, del mal al bien, otro tanto» (Solzhenitsyn, 2002: 87-88): «la llave fundamental de nuestra existencia o de nuestro aniquilamiento reside en cada corazón humano individual» (Solzhenitsyn, 1983). Solzhenitsyn, a través de su vida y de su literatura fue capaz de contarnos una experiencia real; no nos ha dado una idea —algo que puede ser contestado o contrarrestado con mil palabras—, sino una vida, que no puede ser contestada por ninguna palabra.

### Una vida sin mentira Infancia y Juventud

Aleksander Isáyevich Solzhenitsyn nació el 11 de diciembre de 1918 en Kislovosk, en el contexto general de la Guerra Civil Rusa, del afianzamiento del comunismo y de la destrucción de todo vestigio de la vieja sociedad rusa. Su padre había realizado estudios filológicos en la Universidad de Moscú, pero no los había completado porque se alistó como voluntario al estallar la Guerra en 1914. Fue oficial de artillería en el frente alemán, luchó a lo largo de toda la contienda y recibió tres condecoraciones — que el pequeño Isáyevich y su madre se vieron obligados a enterrar por miedo a que fueran descubiertas— y murió en el verano de 1918, seis meses antes de que naciera Solzhenitsyn, de modo que fue criado por su madre, que le:

... educó en condiciones increíblemente difíciles. Habiéndose quedado viuda aun antes de mi nacimiento, no se casó otra vez por temor, sobre todo, a una posible severidad del padrastro. Estuvimos viviendo en Rostov antes de la guerra diecinueve años, de los cuales quince no pudimos obtener una habitación del Estado, la estuvimos alquilando en unas casuchas podridas a particulares a muy alto precio; y cuando obtuvimos esa habitación, era parte de una cuadra arreglada. Siempre hacía frío, corrientes de aire, se calentaba con carbón difícil de obtener, el agua se traía de lejos; lo que es tener agua corriente en la casa, sólo lo supe hace poco. Mamá conocía bien el francés y el inglés, además aprendió taquigrafía y mecano-

grafía, pero en los organismos que pagaban bien no la aceptaban nunca por su *procedencia social*, e incluso de los inofensivos [...] la sometían a la *purga*, esto es, la despedían con derechos limitados para el futuro. Esto le obligaba a buscar trabajos extra por las noches, y sus labores domésticas hacerlas ya de noche, sin dormir nunca lo suficiente. Por nuestras condiciones de existencia se resfriaba a menudo, enfermó de tuberculosis, murió a los cuarenta y nueve años. Yo estaba entonces en el frente, y sólo logré visitar su tumba doce años después, después del campo de concentración y del confinamiento (Solzhenitsyn, 1977: 426).

En su infancia, su familia le educó en la fe y los valores religiosos y le inculcó el gusto por los grandes clásicos de la literatura —Tolstoi, Schiller, Dickens...—, que le despertaron una temprana vocación literaria. Habiendo ingresado en el sistema de educación soviético, el permanente bombardeo ideológico al que eran sometidos en la escuela hizo que pronto se apartase de la educación recibida y se convirtiese en un convencido marxista-leninista, ingresando a los once años en la sección juvenil del partido comunista, el Komsomol.

A Solzhenitsyn le hubiera gustado estudiar literatura en Moscú, pero la débil salud de su madre y la pobre situación económica que vivían le obligaron a permanecer en Rostov, donde estudió matemáticas —compatibilizándolo con estudios a distancia del Instituto de Historia, Filosofía y Literatura de Moscú—. Aunque las matemáticas no fueron algo a lo que vocacionalmente quisiera entregar su vida, más tarde resultaron jugar un beneficioso papel en su destino al menos en dos ocasiones: primero, durante su arresto, gracias a las matemáticas fue transferido a una *sharashka*, un tipo de campo de “trabajo científico” con mejores condiciones que los *lager* comunes; más tarde, durante el confinamiento interior, la enseñanza de matemáticas y física se convirtió en su medio de sustento económico, pudiendo al mismo tiempo dedicar tiempo a escribir. En 1940 se casó ante el registro civil con Natalia Alekséyevna Reshetóvskaya (1940-52 y 1957-72) y en



1941 —poco antes de que se produjese la invasión nazi de la URSS y su consecuente entrada en la guerra— obtuvo su título universitario.

### Las tres bajadas a los infiernos<sup>4</sup>

Nada más licenciarse, Solzhenitsyn se alistó en el ejército. Durante el primer invierno de la guerra sirvió como conductor de vehículos tirados por caballos, pero más tarde, gracias a sus conocimientos matemáticos, fue transferido a una escuela de artillería, y en el otoño de 1942 fue designado oficial al mando de una compañía dedicada a buscar posiciones de artillería.

En el frente le marcaron profundamente dos experiencias: primero, la de la gran capacidad del hombre en ejercer la ferocidad con sus semejantes y, segundo, la de ser un testigo callado y silenciosamente cómplice de la brutalidad ajena. La experiencia de la guerra fue para Solzhenitsyn una suerte de “primera bajada a los infiernos” que le empezaría a abrir los ojos: «Pero cuanto más me hundo en este mundo inhumano, cruel, más me acerco a los que, aun en un mundo así, le hablan a mi conciencia» (Solzhenitsyn, 1969: 859).

El 9 de febrero de 1945 Solzhenitsyn fue arrestado por el SMERSH —agencia de contraespionaje soviética—. Habían interceptado una serie de cartas cruzadas que se envió con su amigo Nikolai Vitkevich, en las que debatían sobre la “guerra después de la guerra” y criticaban a Lenin y a Stalin y la mala dirección militar del ejército soviético. Fue detenido y condenado a ocho años de internamiento en los campos de trabajo (1945-1953). Sirvió la primera parte de su sentencia en campos de diverso tipo —descritos en la obra teatral *The Tenderfoot and the Tramp* [El novato y el vagabundo]—, pero en 1946, gracias a su formación matemática, fue trasladado a un tipo de campo más benigno —*sharashka*, descrito en su gran novela *El Primer*

*Círculo*— para realizar trabajos de investigación científica. En 1950 fue enviado a un campo de trabajo para prisioneros políticos en Ekibastuz (Kazajistán) —descrito en *Un día en la vida de Iván Denísovich*—, en el que trabajó como minero, albañil y en la fundición.

El arresto y la experiencia en primera persona del GULag<sup>5</sup> fueron para Solzhenitsyn una “segunda bajada a los infiernos”, pero pronto se dio cuenta de que «la cárcel no iba a ser un abismo, sino un giro importantísimo en mi vida» (Solzhenitsyn, 2002: 96), y efectivamente, así fue. Por una parte, el juicio y la condena arbitrarios y sin apelación y su nivelación social con el resto de los detenidos le despojan de golpe del orgullo y sentimiento de superioridad que se había fabricado gracias a sus estudios y su promoción dentro del ejército, de modo que «el arresto fue el verdadero comienzo de la ‘Obra de la Pasión’ de la vida de Solzhenitsyn, en el cual el orgullo y el egoísmo de su anterior *ego* fueron arrancados como ropas no deseadas» (Pearce, 2011: 20).

Por otra, los ocho años en que Solzhenitsyn fue víctima del *archipiélago* del GULag, le abrieron todavía más los ojos y comenzó a comprender la realidad soviética y el totalitarismo de un modo global, superando la visión parcial del mundo que tenía antes: «tu mente se refresca, se airea, se aclaran tus ideas, empiezas a comprender mejor lo que está sucediendo, lo que ocurre con el pueblo y hasta en el mundo» (Solzhenitsyn, 2002: 268-269). Fueron años, también, de crecimiento interior para Solzhenitsyn, que, en su paso por el GULag, descubrió la verdadera riqueza espiritual del ser humano, el sentido del sufrimiento y del dolor y «comenzó una búsqueda espiritual, y en su correspondencia aparecen unos primeros matices religiosos fruto de la experiencia de la alienación total impuesta por los campos» (Fedyashin y Kondoyanidi, 2009: 47). La convivencia con pre-

<sup>4</sup> Dell’Asta (coord.), 2010: 20. En la vida de Solzhenitsyn identifican tres “descensos a los infiernos”: la guerra, la experiencia en los campos de trabajo y el cáncer.

<sup>5</sup> GULag es el acrónimo empleado para referirse a la Dirección General de Campos de Trabajo Correccional y Colonias (*Glávnoie Upravlenie ispravítelno-*

*trudovyj Lagueréi i koloni*), rama del NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) que dirigía el sistema penal de campos de trabajos forzados y otras muchas funciones policiales.



esos comunes y la experiencia del oprobio sufrido en común son para Solzhenitsyn fundamentales, pues se produce su apertura al otro y entabla relaciones de verdadera amistad con compañeros de prisión como Panin, Kopelev y Silin. Solzhenitsyn plasma todas estas vivencias —que se podrían resumir en una especie de apertura de miras o de horizonte experimentada por el autor en los campos— en los personajes de sus novelas, que expresan profundas reflexiones sobre la grandeza del ser humano o la amistad: «Nunca olvidaré la grandeza genuina de los seres humanos en la forma en que los he llegado a conocer en la prisión. [...] ¡Brindemos por la amistad que florece entre los muros de la prisión!»; «Nunca he tenido dudas sobre el amor. Pero, para decirles la verdad, hasta el frente y la prisión no creía en la amistad, especialmente la que llega a dar la vida por su prójimo» (Solzhenitsyn, 1969: 531 y 534), y que llegan a mantener conversaciones sobre la razón de la existencia humana como ésta entre Asia y Diomka, dos pacientes del *Pabellón de Cáncer* (1993: 110-111).

Resulta realmente increíble que fuese precisamente en el presidio donde Solzhenitsyn recupera o redescubre la hondura de su humanidad y conciencia, resistiendo ante el aplastante poder de los campos de concentración, diseñados para destruir el alma de los hombres, hacerlos superfluos y convertirlos en especímenes de la especie animal-hombre eliminando su personalidad. En el caso de Solzhenitsyn no sólo no se produce esta putrefacción del alma o «muerte de la individualidad del hombre», sino que es en esos años de condena cuando descubre de nuevo su «unicidad conformada en partes iguales por la Naturaleza, la voluntad y el destino» (Arendt, 1998: 364). Más aún, Solzhenitsyn llega a decir que «solamente el *zek*\* posee un alma inmortal mientras que “los libres” en el ajetreo humano muchas veces no la tienen» (Solzhenitsyn, 1969: 290), porque «usaban con estupidez, con mezquindad la libertad que se les concedía. Se ensuciaban con intrigas menudas, con actos viles» (Ibid. p.836). En definitiva, allí donde el hombre es reducido a nada, misteriosamente renace; allí donde todo le es arrebatado, donde no puede hacerse ilusiones de salvación de ningún tipo, el hombre recupera la

conciencia de su existencia y de que hay algo, en lo más hondo de su ser, que ningún poder le puede extirpar: «ustedes son poderosos en tanto que no le hayan quitado *todo* a la gente. Porque la persona a quien le hayan quitado *todo*, ya no está en poder de ustedes. Es libre otra vez» (Ibid. p.148). Es esta experiencia la que le lleva a decir «¡bendita sea la prisión! Me dio la oportunidad de pensar» (Solzhenitsyn, 1969: 64) o «¡deberías es contento de estar en la prisión! Aquí tienes todo el tiempo para pensar en el alma» (Dell’Asta, 2002: 7).

En enero de 1952, estando en el campo de Ekibastuz, Solzhenitsyn contrajo un tumor que, a pesar de ser operado ese mismo año, no fue curado de forma definitiva. Durante el cáncer en Ekibastuz conoció al doctor Boris Nikolaevich Kornfeld, un compañero de condena que era médico y trabajaba como cirujano en el propio hospital del campo y que una noche le estuvo hablando acerca del sufrimiento humano, de su búsqueda del sentido del mismo y de su conversión del judaísmo al cristianismo. Esa misma noche, mientras dormía, Kornfeld fue asesinado, de modo que «las palabras proféticas de Kornfeld fueron sus últimas palabras en la tierra. Y, dirigidas a mí, recayeron sobre mí como una herencia. Un tipo de herencia que no puedes quitarte de encima encogiéndote los hombros». Esta experiencia le marcó profundamente, aunque como él mismo dice, «por aquel entonces yo mismo había madurado y llegado a pensamientos similares» (Pearce, 2011: 31).

Su condena en los campos de trabajo finalizó en febrero de 1953, pero no recobró la plena libertad: fue sentenciado a un exilio de por vida en la localidad de Kok Terek (sur de Kazajistán). «Entonces empezó el confinamiento, y en el mismo inicio del confinamiento, el cáncer. En el otoño de 1953, aquello tenía todo el aspecto de ser mis últimos meses. [...] Éste fue un momento espantoso de mi vida: la muerte en el umbral de mi liberación, con la desaparición de todo lo que había escrito, de todo el sentido de lo vivido hasta entonces» (Solzhenitsyn, 1977: 10-11). Fue ingresado en una clínica oncológica en Taskent en la que fue finalmente curado a lo largo de 1954 y donde se inspiró para escribir la novela *Pabellón de Cáncer* y el relato *The Right Hand*. La enfermedad fue la



“tercera bajada a los infiernos”, pero, nuevamente, al igual que el paso por el frente y por la lager, fue una experiencia enriquecedora desde el punto de vista humano y espiritual. Supuso para Solzhenitsyn un antes y un después, y a partir de entonces «la vida que entonces me fue devuelta ya no es realmente mía, tiene una finalidad propia» (Solzhenitsyn, 1977: 11).

### Una Vida con Finalidad Propia

A partir del momento de su curación empieza una “segunda vida” que, fruto del conjunto de experiencias hasta entonces vividas — especialmente los años en el campo de concentración y la enfermedad—, tenía una finalidad propia: escribir *todo* para que la memoria viva, para que nada cayese en el olvido. Ya durante su condena en los campos había comprendido que tenía una misión clara a través de la literatura: «yo no soy yo, y mi destino literario no es mío, sino de aquellos millones que no llegaron a garabatear, a susurrar, a comunicar en sus últimos estertores su destino carcelario, sus tardíos descubrimientos de presidiarios» (Solzhenitsyn, 1977: 50) y «sin dudas y sin remordimientos entré en el papel del escritor ruso contemporáneo preocupado por la verdad: hay que escribir sólo para que todo esto no se olvide, para que alguna vez lo sepan nuestros descendientes» (Solzhenitsyn, 1977: 10).

Esta conciencia de compromiso con la verdad es una constante a lo largo de toda su vida. Por ejemplo, en junio de 1964, debatiendo sobre *El Primer Círculo* en el consejo editorial de *Noviy Mir*, replicó: «Estoy hecho así. No puedo dejar de tocar ni un problema importante. Por ejemplo, la cuestión judía: ¿para qué la necesitaba? Era más cómodo evitarla. Pero yo no puedo. Están acostumbrados a una literatura que teme tocar siquiera un problema, y les pesa como argolla al cuello la literatura que teme dejarse siquiera un problema» (Solzhenitsyn, 1977: 75). Más adelante, en mayo de 1967, dirá: «Yo estoy tranquilo, claro, de que mi tarea de escritor la cumpliré en todas las circunstancias, y desde la tumba aún más eficaz e indiscutiblemente que vivo. Nadie logrará cerrarle el camino a la verdad, y para que avance estoy dispuesto a aceptar incluso la muerte» (Ibid. p.378). Solzhenitsyn tuvo la conciencia de tener

una misión clara, un compromiso con la verdad; verdad que, como dirá años más tarde, «nos elude si no nos esforzamos plenamente en seguirla. E incluso mientras nos elude, la ilusión por conocerla todavía persiste y nos lleva a algunos desaciertos. Además, la verdad raramente es grata; casi siempre es amarga» (Solzhenitsyn, 1978).

Tras su detención y un par de años entre cárceles y campos de concentración, Solzhenitsyn aceptó que «los escritores preocupados por la verdad nunca tuvieron, ni tienen (¡ni tendrán!) una vida fácil [...] zambullirte en la clandestinidad y cuidarte, no de que el mundo te conozca, Dios no lo quiera, sino todo lo contrario, de que no te conozca, es un destino bien nuestro para un escritor, típicamente ruso, ruso-soviético» (Solzhenitsyn, 1977: 9) y que:

... no sólo no me editará nunca nadie, sino que una sola línea mía me costará la cabeza. Sin dudas y sin remordimientos entré en el papel del escritor ruso contemporáneo preocupado por la verdad: hay que escribir sólo para que todo esto no se olvide, para que alguna vez lo sepan nuestros descendientes. Pero lo que es en vida, no debo ni imaginar, ni abrigar en mi pecho el menor deseo de que me lo publiquen. [...] Me acostumbré a la idea de estar callado de por vida [...] y al terminar escrito tras escrito, sea en el campo de concentración, sea en confinamiento, o ya después de mi rehabilitación [...] mi única esperanza era mantenerlos en secreto y, con ellos, a mí mismo (Solzhenitsyn, 1977: 10).

Permaneció en la clandestinidad literaria doce años: «cinco años de campo de concentración antes de mi enfermedad y siete años de confinamiento y libertad, de “segunda vida”, después de mi asombrosa curación» (Solzhenitsyn, 1977: 14). Tuvo que ponerse él «mismo a fabricar *escondites*, cerca y lejos, donde todos mis papeles, ya redactados o en preparación, estuvieran fuera del alcance» de los registros: «lo más importante era precisamente el volumen de la obra [...] en centímetros cúbicos [...] el mecanografiado apretadísimo, renglón contra renglón, sin ningún margen y por ambas caras del folio» y «la destrucción total (siempre y



exclusivamente al fuego) de todos los borradores, guiones y redacciones intermedias [...] [y] también el original manuscrito». Durante estos años (1954-1961), en los que compatibilizó la enseñanza de matemáticas y física en la escuela con la actividad literaria clandestina, «no debía tener amigos en absoluto, [...] no se podía dejar salir del piso ni un átomo de secreto» y, en definitiva, «debía ser un ciudadano soviético modelo, es decir, siempre obediente a cualquier indicación, siempre satisfecho con cualquier imbecilidad». «Es una pena, desde luego, que uno haya de meterse en la clandestinidad no para hacer la revolución, sino para el simple quehacer literario» (Ibid, p.12), y en el verano de 1960, dice Solzhenitsyn, «en la clandestinidad literaria comenzó a faltarme el aire» (Ibid. p. 16).

Así, a principios de noviembre de 1961, aprovechando el «repentino, general e iracundo ataque a Stalin» (Solzhenitsyn, 1977: 19) que lanzó Jruschev desde el XXII Congreso del PCUS (17-31/10/1961), Solzhenitsyn decidió sacar a la luz su relato *S-854*, que más tarde se convertiría en *Un día en la vida de Iván Denisovich*. Lo envió a la revista literaria *Noviy Mir*, dirigida por aquel entonces por el poeta soviético Aleksandr Tvardovski. En un contexto en el que «las editoriales, al ser “medios de producción”, son “propiedad del pueblo”, es decir, del Estado. Y en una “economía socialista planificada” [...] todo esto se *planifica*: títulos, autores, temática y hasta *contenido* [...] se conocen incluso antes de escribirse los libros» (Aleksiévich, 2015: 456), la revista de Tvardovski se convirtió en uno de los pocos refugios de «la escasa vida auténticamente literaria que aún se manifestaba legalmente en el interior de la URSS» (Ibid. p. 456). Naturalmente, además de las editoriales de libros controladas y planificadas directamente por el Estado y de las “revistas gruesas” que, como *Noviy Mir*, gozaban de una mayor libertad de acción a pesar de someterse igualmente a la censura soviética, existía toda una corriente de literatura clandestina, subterránea, en la que circulaban todo tipo de obras —algunas de gran volumen como *El doctor Zhivago* o *El primer círculo*—: el *samizdat*, «literalmente “autoeditorial”. Son obras *que se editan a sí mismas*. ¿Cómo es posible? Muy sencillo: el autor se la da a leer a un amigo, éste toma su

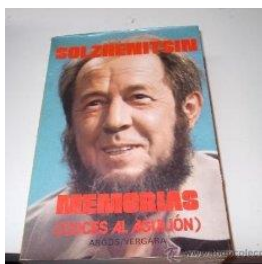
máquina, saca cuatro copias, se las da a otros cuatro amigos, los cuales toman su máquina...» (Arendt, 1998: 456).

Tvardovski se entusiasmó con el largo relato de este desconocido Solzhenitsyn y se lo dio a leer personalmente a Jruschev, a quien también agradó. Aunque el proceso se alargó bastante —según Solzhenitsyn, Tvardovski «dejó pasar la ocasión de oro [...] Si llegamos a publicar entonces, a los dos-tres meses del Congreso, los capítulos sobre Stalin, ¡cuán al desnudo lo hubiéramos dejado, ¡cuánto hubiéramos dificultado su repintado posterior! La literatura pudo acelerar la historia. Pero no la aceleró» (Arendt, 1998: 34)—, finalmente el 20 de octubre de 1962 fue aceptada y sancionada su publicación.

Salió en el número 11 de *Noviy Mir* el 18 de noviembre de 1962 y tuvo una inesperada y magnífica recepción en la opinión pública: el libro se agotó en seguida; muchos críticos literarios lo alabaron —«nos ha dicho una verdad que no puede ni debe ser olvidada, una verdad que nos mira a la cara»— y algunos incluso llegaron a decir que Solzhenitsyn «ha demostrado ser de verdadera ayuda al Partido» en la «lucha contra el culto a la personalidad y sus consecuencias»; y, lo más importante quizá, muchas víctimas —antiguos *zek* como él y familiares de presos— de los campos de concentración le agradecieron de corazón —y con dolor— que hubiera puesto palabras a su sufrimiento: «Veo y oigo a esta multitud de criaturas hambrientas y congelándose, mitad hombres, mitad animales, y entre ellos está mi marido... ¡Continúe escribiendo, escriba la verdad, incluso aunque no se la publiquen ahora! Nuestros ríos de lágrimas no fueron derramados en vano —la verdad saldrá a flote en este río de lágrimas...» (Pearce, 2011: 40). Treinta años más tarde Serguei Averintsev dirá: «No olvidaré jamás a un hombre, un poco estrafalario, que no conseguía decir el nombre de “Novi Mir” y decía a la quiosquera: “¡Pero sí, mujer, sí, jesa en la que está escrita toda la verdad!”. Y ella entendía de lo que estaba hablando su interlocutor [...]. Llegados a este punto, ya no es la historia de la literatura: es la historia de Rusia» (Dell’Asta (coord.), 2010: 41). Era evidente para todos que Solzhenitsyn era un



autor novedoso y Tvardovski no cabía en sí mismo de orgullo.



La relación de Solzhenitsyn con Tvardovski y *Noviy Mir* en la década de 1960 merece nuestra atención. Por un lado, *Noviy Mir* había sido el medio a través del cual Solzhenitsyn pudo salir de la *madriguera* de la clandestinidad literaria y Tvardovski habían sido la persona concreta que había confiado y apostado por él, poniendo en riesgo su carrera editorial y literaria. Ello mismo, sin embargo, hizo que Tvardovski considerase de algún modo a Solzhenitsyn como su “descubrimiento personal” sobre el cual tenía pleno derecho. Solzhenitsyn cuenta que «A. T. [Tvardovski], en una carta, me llamó “la persona más querida en la literatura”, y me quería de corazón, desinteresada, pero tiránicamente: como un escultor quiere a su estatua, o incluso como un señor quiere a su mejor vasallo» (Solzhenitsyn, 1977: 52). En cierto sentido, Tvardovski quiso mantener el monopolio sobre Solzhenitsyn y explotar personalmente el tesoro que acababa de encontrar.

Así, en numerosas ocasiones Tvardovski le prohibió que enviase nuevos escritos a otras revistas y retuvo durante largos periodos obras suyas en la redacción de *Noviy Mir* a la espera de publicarlas prohibiéndole que circularan copias de las mismas —ni siquiera entre amigos o conocidos, ni mucho menos en el *samizdat*—, etc. Ello generó pronto en Solzhenitsyn una «falsa sensación de compromiso ante *Noviy Mir* y Tvardovski. [...] Por supuesto que estaba en deuda ante Tvardovski, pero ¡a título personal!»; compromiso que, junto a su exagerada prudencia durante sus primeros meses “en la superficie”, se convirtió en unas «cadenas [...] que me sujetaban» (Solzhenitsyn, 1977: 50). Y a pesar de todo, la admiración de Tvardovski por Solzhenitsyn era sincera: «¡Por favor, no se vuelva un escritor ideológicamente correcto!

No escriba nunca una obra que los redactores pudieran decidirse a publicar aun sin consultarme» (Solzhenitsyn, 1977: 33). Es decir, le estaba pidiendo que se mantuviera fiel a sí mismo, que no escribiera lo políticamente correcto.

Por otro lado, Solzhenitsyn se dio cuenta de que, si bien era la revista más aperturista del país, *Noviy Mir*, en el fondo, no dejaba de reproducir los ideales y esquemas organizativos propios de un Estado totalitario como el soviético: «la única finalidad que tenían todos era complacer al Jefe, y no querían siquiera tener una opinión propia distinta de la suya. [...] Ese consejo de redacción tan atrevido, el más liberal de la URSS, en esos años de vilipendio al culto a la personalidad de Stalin, se mantenía de puertas adentro según manda ese mismo culto» (Solzhenitsyn, 1977: 38). Nadie pensaba por sí mismo ni tenía un punto de vista propio, todos mostraban «la misma sinceridad, la misma entrega al partido [a la revista, en este caso], la misma debilidad humana, la misma falta de sostén moral para la lucha, debido a la carencia de una postura *independiente*» (Solzhenitsyn, 2002: 203).

Además, el propio Tvardovski oscilaba permanentemente entre dos posturas antagónicas: la primera, dejarse llevar por el atractivo que le suscitaba aquel espíritu libre de Solzhenitsyn y, en consecuencia, apoyar sus obras; y, la segunda, mantener su reputación y seguridad personal dentro de la estructura de la URSS y «¡salvar la revista! ¡Un grito al que no podía dejar de responder Tvardovski! [...] La revista se fue convirtiendo no sólo en la ocupación principal, sino en LA VIDA ENTERA de Tvardovski» (Solzhenitsyn, 1977: 197). Por ejemplo, cuando a finales de noviembre de 1962 le presentó un nuevo relato, *El ingenuo y la complaciente*, a Tvardovski le pareció que era «darle vueltas a la misma temática de los campos que en *Iván Denisovich*, nada nuevo», a lo que Solzhenitsyn replica: «¡Pero tampoco es darle vueltas a lo mismo, porque no se ha dado ni la primera!» (Solzhenitsyn, 2002: 51), y cuando en otoño de 1963 les ofreció cuatro capítulos de *El primer círculo*, los rechazaron: «OTRA VEZ EL TEMA DE LA CÁRCEL... (¿No estaba “agotado”? ¿E incluso parece que “sobado”?)» (Ibid. p. 65).





Con el tiempo se produjo, dice Solzhenitsyn, un choque entre el espíritu de la literatura y la mentalidad uniforme del Estado totalitario: «nuestra separación no fue por caracteres, no fue un asunto personal. Un director soviético y un prosista ruso, no podíamos seguir codo con codo, porque brusca e irreversiblemente se apartaban nuestras literaturas» (Solzhenitsyn, 1977: 137). En 1967, durante una discusión sobre la segunda parte de *Pabellón de cáncer*, Tvardovski le dijo que «incluso si la edición dependiera totalmente de mí sólo, no la editaba. [...] En ella se rechaza el poder soviético. Usted no quiere perdonarle nada al poder soviético» (Solzhenitsyn, 1977: 136), y es que «el marxismo no era para *N. Mir* un lastre obligatorio para la censura, sino que se tenía por la Doctrina Única Verdadera» (Ibid. p.136).

Todo esto llevó a Solzhenitsyn a un cierto desencanto respecto de *Noviy Mir* y de Tvardovski, quien, pese a su gran corazón, no dejó nunca de ser un *Homo sovieticus* entregado a la causa:

Un director [...] para el que, en general, no existe ningún exilio literario ruso [...] y [para el que] nuestro *Samisdat* [poco se diferencia] del tráfico de narcóticos, que se asusta de un relato en que el autor no ha dejado de dar una valoración ética a un verdugo de la guerra civil, ¿en qué se diferencia un director así, salvo en los buenos propósitos, de sus “enemigos jurados” Kochétov, Alexéiev y Sofrónov? ¡Tal es la acción niveladora de los carnetitos rojos! [...] *Noviy Mir* fue durante muchos años una ventana a la luz del sol. Sí, lo fue. Sí, una ventana. Pero una ventana torcida abierta en una cabaña podrida, y tapada no sólo por la reja de la censura, sino también por su propia y voluntaria tapadera ideológica (Solzhenitsyn, 1977: 108).

Una experiencia similar tuvo Solzhenitsyn con la Unión de Escritores Soviéticos, asociación fundada en 1934 por iniciativa del Comité Central del PCUS cuyo objetivo era organizar, *planificar* y, sobre todo, controlar toda la actividad literaria soviética, y a la que perteneció desde que “salió a la superficie” y entró en la órbita de

*Noviy Mir* y Tvardovski. Solzhenitsyn nunca compartió los ideales y referentes de la Unión de Escritores, pues le parecía que estaba integrada por escritores sin personalidad literaria, sin un pensamiento propio, igualados por los “carnetitos rojos” y cuya ceguera ideológica les impedía ver una realidad que para él era clara: que «la mejor parte de nuestra literatura sale a la luz en estado mutilado»<sup>6</sup> y que:

... al pasar el umbral de las revoluciones que ella misma había provocado, la literatura se detuvo bien pronto: se encontró no bajo la luz de las estrellas, sino bajo un techo en pendiente y entre dos paredes que cada vez se estrechaban más. Los escritores soviéticos se enteraron muy pronto de que no todo libro puede *pasar* [...], de que los honorarios por un libro pueden ser los barrotes y el alambre de espino. Y otra vez los escritores empezaron a esconder lo escrito (Ibid. P.10).

Solzhenitsyn, que amaba con profundidad la gran literatura rusa, veía con preocupación el propio destino de la misma, que había sucumbido ante la fuerza apisonadora e igualadora del totalitarismo y que había «perdido aquella posición dominante en el mundo que ocupaba a finales del siglo pasado y principios de éste, y aquel brillo de experimentación que la distinguía en los años veinte», apareciendo ahora «pobre, roma y baja» (Ibid. p.376). Según él, los escritores deberían «ser los primeros en opinar sobre la vida moral del hombre y de la sociedad, descifrar a su modo problemas sociales o la experiencia histórica que tan profunda huella de sufrimientos ha dejado en nuestro país» (Ibid., p. 375), pues «la tarea del escritor se refiere a problemas más generales y más eternos. Se refiere a los secretos del corazón y de la conciencia del hombre, al encuentro de la vida y la muerte, a la superación de la desgracia íntima y a las leyes que rigen la humanidad en todo su desarrollo, que han nacido en lo más profundo de los milenios y cesarán sólo cuando se apague el sol» (Ibid., p. 392). «El cometido de la literatura, tanto hacia la sociedad como hacia cada persona en particular, no consiste en ocultarle

<sup>6</sup> Carta al IV Congreso de la Unión de Escritores Soviéticos (16 de mayo de 1967), *apud ibid.* p. 375.



la verdad, suavizársela, sino [en] decírsela tal como es, tal como le espera» (*Ibid.*, p. 392), y concluye: «una literatura que no es aire de la sociedad de su tiempo, que no se atreve a transmitir a la sociedad su dolor y su alarma, avisarla en el momento oportuno de los peligros morales y sociales que la amenazan, no merece siquiera el nombre de literatura» (*Ibid.*, p. 376)).

En cambio, en la Unión Soviética, «obras que hubieran podido ser expresión del sentir popular, tener una influencia oportuna y benéfica en la esfera espiritual o en el desarrollo de la conciencia social, se prohíben o se mutilan por la censura por motivos mezquinos, egoístas, y para la vida popular, miopes» (*Ibid.*, p. 375). Solzhenitsyn expresa todas estas preocupaciones en una carta al IV Congreso de la Unión de Escritores Soviéticos el 16 de mayo de 1967, en la que, además, se queja del conformismo y pasividad de la Unión respecto de esta situación de opresión a la literatura. Dos años después, el 4 de noviembre de 1969, sería expulsado de la misma: «la Unión reúne a correligionarios que construyen el comunismo, que dedican a este fin todo su talento, que siguen el realismo socialista. Y en este caso, Solzhenitsyn no tiene cabida en la organización de escritores» (*Ibid.*, p. 400). Solzhenitsyn siente que «no les cabe sinceramente en la cabeza que un escritor que piense distinto de la mayoría de su sociedad constituya una riqueza de esta sociedad, y no su vergüenza y su tara»<sup>7</sup>.

La vida como escritor “en la superficie” no fue siempre fácil para Solzhenitsyn. Es cierto que, por lo general, detectamos en sus *Memoorias* un sentimiento positivo y de agradecimiento respecto de su nueva situación de libertad después de doce años de clandestinidad: «¡cuántas veces mi agotadora clandestinidad literaria me había privado de libertad de acción, de libertad de palabra, de libertad de enderezar la espalda!» (*Ibid.*, p. 37); «era casi pecado enfadarme porque no me publicaran: me dejaban escribir, ¿qué más quería? Estaba en libertad y escribía, ¿qué más quería?» (*Ibid.*, p. 61).

Cuando además Solzhenitsyn tuvo oportunidades de manifestar públicamente la situación de opresión a la que se hallaba sometido como escritor, la apreciación de esa cierta libertad de la que gozó durante los años del deshielo es incluso mayor: tras enviar su carta al IV Congreso de la UES en mayo de 1967 escribe que «no hay nada que se pueda comparar con esta sensación: el alivio de haber hablado. [...] Sentir como todo el Universo calmado y ordenado vuelve dentro de uno»<sup>8</sup>; y cuando el 30 de noviembre tuvo la ocasión de hablar frente a un auditorio de quinientas personas dijo:

... hay que haber vivido una larga vida de esclavo, haber doblado, desde niño, el espinazo ante los superiores, haberse levantado con todo el mundo para aplausos falsos, haber dicho que sí cuando se sabía que era mentira, nunca haber tenido derecho a replicar, y esto todavía como esclavo-ciudadano, pero luego, además, haber sido esclavo-recluso, [...] para apreciar esta hora de discurso libre desde una tarima a quinientas personas, también enloquecidas de libertad<sup>9</sup>.

No obstante, Solzhenitsyn hubo de entrenarse a obstáculos de diverso tipo. En primer lugar, como ya hemos visto, tuvo que remar contracorriente y contra la mentalidad uniformizada y homogeneizada del *Homo sovieticus* en *Noviy Mir* y en la Unión de Escritores. En segundo lugar, la popularidad nunca le gustó demasiado: «de este tipo de apariciones en ti vivo se compone la vida entera de un escritor *en la superficie*» (*Ibid.*, p. 63); «en general, la celebridad es un gran estorbo, se gasta mucho tiempo en vano. [...] Daba gusto trabajar cuando nadie me conocía»<sup>10</sup>, «se afianzaba mi situación, pero ¿para qué? A *mis* obras eso no les habría ayudado a publicarse. El “afianzamiento de mi situación” me obligaría a la fidelidad a las autoridades, al *agradecimiento*, es decir a no sacar del cajón de mi escritorio mis obras desagradecidas, que eran las únicas que lo llenaban» (*Ibid.*, p. 67).

<sup>7</sup> Entrevista en *New York Times* y *Washington Post*, 30 de marzo de 1972, *apud ibid.*, p. 429.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 141. Se refiere al momento de haber enviado la carta al IV Congreso de la UES.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 127. Se refiere a un discurso que dio el 30 de noviembre de 1966 ante un auditorio de 500 personas.

<sup>10</sup> Entrevista en *New York Times* y *Washington Post*, 30 de marzo de 1972, *apud ibid.*, p. 428.



Por otro lado, es cierto que a partir de 1963 se produjo un cambio de contexto: «con el *Iván Denísovich* dio su último suspiro el impulso del XXII Congreso. Ya se iniciaba un contraataque general de los estalinistas» (*Ibíd.*, p. 58). En octubre de 1964 lograron la destitución de Jruschev y en 1965 «se preparaba un brusco regreso al estalinismo, encabezado por “el Shurik de hierro”, Shelepin» que proponía «restaurar el beneficioso concepto de “enemigo del pueblo”» (*Ibíd.*, p. 88). Este nuevo contexto resultaba verdaderamente alarmante para Solzhenitsyn, que en vano trató de «sumergirse en las profundidades» (*Ibíd.*, p. 91) de nuevo y pasar desapercibido, pues en septiembre de 1965 su archivo fue incautado por la KGB, episodio que si bien en el momento supuso un durísimo golpe cuyo sentido no conseguía entender<sup>11</sup>, posteriormente se tornó en algo positivo, pues no le detuvieron, de forma que «cualquier cosa que yo pueda pensar ahora, de ningún modo podrá ser peor, más radical, que aquello airado que escribí en el campo de concentración. Y si no me enchiqieran por ello, es que tampoco me enchiqerarán por ninguna convicción mía actual» (*Ibíd.*, p. 115). Efectivamente no le detuvieron, pero la publicación de sus obras se veía paralizada una y otra vez, y se vio obligado a recurrir al envío encubierto al extranjero de las grandes novelas en las que llevaba años trabajando —*Pabellón de cáncer* y *El primer círculo*— que, tras ser censuradas en la URSS y circular en el *samizdat* de forma clandestina, fueron finalmente publicadas —en ruso y otras lenguas— en Occidente entre abril y septiembre de 1968. Mientras que su reconocimiento en Occidente era cada vez mayor —en octubre de 1970 recibe el Nobel de Literatura «por la fuerza ética con la que ha continuado las tradiciones indispensables de la literatura rusa»—, la situación dentro de la URSS empeoró notablemente en estos últimos años sesenta, sobre todo tras su expulsión de la Unión de Escritores

<sup>11</sup> «Ahora, por un resbalón, por un simple fallo, se venía abajo todo mi objetivo, el trabajo de toda mi vida. Y no sólo el trabajo de mi vida, sino el testamento de millones de víctimas, de los que no llegaron a contaros su historia, ni en susurros, ni en sus últimos estertores en el suelo de un barracón» (*ibíd.*, p. 93). «Hervía, me rebelaba y no comprendía: ¿para qué tenía que hundirse mi trabajo? ¿No mi propio trabajo,

en 1969 y tras la destitución de Tvardovski en 1970. El 11 de agosto de 1971, un amigo de Solzhenitsyn sorprende a varios agentes de la KGB asaltando la casa de campo del escritor, que se hallaba vacía, y recibe una brutal paliza. El 13 de agosto, Solzhenitsyn escribe una carta abierta al ministro de Seguridad del Estado de la URSS:

Durante muchos años he estado sufriendo en silencio las ilegalidades de sus colaboradores: intervención de toda mi correspondencia, confiscación de la mitad de ella, búsqueda de mis corresponsales, persecuciones administrativas y laborales contra ellos, espionaje alrededor de mi casa, escucha de mis conversaciones telefónicas, taladro de mis techos, instalación de aparatos grabadores del sonido en mi piso, en mi casita de campo y en mi huerto, e insistente campaña de calumnias contra mí desde las tribunas de conferenciantes (*Ibíd.*, p. 412).

Entre el otoño de 1971 y la primavera de 1972, conforme Solzhenitsyn fue siendo cada vez más claro y directo y, sobre todo, tras haber escrito en marzo una carta al patriarca de Rusia en la que, además de mostrar abiertamente su cristianismo, solicitaba a las jerarquías un mayor compromiso en la lucha contra la persecución religiosa en la URSS:

...empieza un proceso de escisión entre mis lectores, de pérdida de partidarios, y son menos los que quedan conmigo que los que se van. Me recibían con alborozo mientras sólo estaba, en apariencia, contra los abusos de Stalin, entonces estaba conmigo la sociedad entera. En mis primeras obras me camuflaba ante la censura policíaca, pero forzosamente también ante el público. En sucesivos pasos me es inevitable irme abriendo cada vez más: es hora de hablar más claramente y cavar

sino casi lo único que se había conservado en memoria de la verdad! ¿Para qué hacía falta que nuestros hijos supieran menos de la verdad [...]? Ya se habían justificado mi detención, y mi enfermedad mortal, y muchos acontecimientos privados, pero ¿este fracaso no lo podía entender! Este fracaso quitaba de golpe todo el sentido anterior» (*ibíd.*, p. 100).



más en profundidad. Y con esto inevitablemente vas perdiendo lectores, perdiendo contemporáneos, con la esperanza puesta en los descendientes (*Ibid.*, p. 273).

Así, hacia «el veintitantos de marzo [de 1972] se tomó la decisión gubernamental tanto tiempo aplazada: infamarme públicamente y echarme del país. Para esto se amplió e intensificó la campaña de prensa contra mí» (*Ibid.*, p. 276):

Su plan consiste en echarme de la vida o del país, volcarme en la cuneta, o enviarme a Siberia, o que “me disuelva en la niebla extranjera”, como escriben abiertamente. [...] Lo único que quisieran es tapar todas las voces que son desagradables a su oído y les privan hoy de tranquilidad, pero en el futuro no piensan. Igual de tontamente les taparon la boca a *Noviy Mir* y a Tvardovski, se volvieron más pobres, más ciegos, y no quieren entender su pérdida»<sup>12</sup>.

La campaña mediática contra Solzhenitsyn se intensifica: se le llama “traidor de la patria” y se le acusa de haber colaborado con la Alemania de Hitler y de haber pertenecido a la mismísima Gestapo (*Ibid.*, p. 423): «¿Contra quién de los disidentes jamás han opuesto *argumentos*? Contra nadie, porque no los hay. Contestan siempre con insultos y calumnias. [...] Siempre: o castigo, administrativo, judicial, o insultos, o silencio: tres salidas para quien no tiene NADA que contestar EN SUSTANCIA»<sup>13</sup>. Incluso empieza a recibir una enorme cantidad de cartas con amenazas de muerte. Todo ello porque «no les cabe sinceramente en la cabeza que un escritor que piense distinto de la mayoría de su sociedad constituya una riqueza de esta sociedad, y no su vergüenza y su tara»; «en eso están la mezquindad y la bajeza del cálculo de los que dirigen la campaña contra mí» (*Ibid.*, 429).

Este boicot permanente a Solzhenitsyn culmina a finales de verano de 1973. El 3 de septiembre Solzhenitsyn recibe la terrible noticia

de que la KGB había interceptado *Archipiélago Gulag* tras interrogar violentamente, durante cinco días y cinco noches, a una de sus más fieles colaboradoras, una mecanógrafa de sesenta y siete años llamada Elizaveta Voronyanskaya. No soportó los interrogatorios y descubrió a la KGB dónde se encontraba el libro. Parece ser que, llena de remordimiento, regresó a su apartamento y se suicidó, aunque no se puede descartar una responsabilidad directa de la KGB en su muerte, ya que el cadáver fue trasladado a la morgue en estricto secreto y no fue enseñado a su familia hasta que lo hubieron metido en el ataúd (*Ibid.*, pp. 287-289). Conmocionado, el 5 de septiembre Solzhenitsyn avisó a la prensa mundial de lo sucedido, envió la *Carta a los dirigentes de la Unión Soviética*<sup>14</sup> y, ante el temor de «que ahora se inicien persecuciones contra todos ellos por los relatos de sus sufrimientos en los campos de concentración estalinianos» (*Ibid.*, p. 445) y de que se perdiera «no sólo el trabajo de mi vida, sino el testamento de millones de víctimas, de los que no llegaron a contarlos su historia, ni en susurros, ni en sus últimos estertores en el suelo de un barracón» (*Ibid.*, p. 93), el «monumento común y fraterno a todos quienes sufrieron martirio y fueron asesinados» (Solzhenitsyn, 2002: 7), dio orden de publicarlo inmediatamente en Occidente. El 28 de diciembre sale en París el primer tomo del *Archipiélago* en ruso.

Solzhenitsyn se enfrenta a una nueva y más agresiva ofensiva telefónica, periodística y postal dentro de la URSS, pero la prensa y opinión pública occidentales le apoyaban. La URSS tenía un grave problema, porque no podría tomar ninguna medida severa sin provocar un escándalo internacional: «si cae un solo cabello de la cabeza de Solzhenitsyn, eso detendrá el intercambio cultural y comercial», decía el *Washington Press* (Solzhenitsyn, 1977: 324).

En diferentes declaraciones, Solzhenitsyn responde ante los ataques y dice que «la chillona campaña en los periódicos no está propiamente dirigida contra mí [...]. La campaña de

<sup>12</sup> Entrevista en New York Times y Washington Post, 30 de marzo de 1972, *apud ibid.*, p. 428.

<sup>13</sup> Declaraciones a la *Associated Press* y a *Le Monde* (23 agosto 1973), *apud ibid.*, p. 440.

<sup>14</sup> La *Carta a los dirigentes*, enviada de forma individual y sin copias a la prensa ni a sus amigos, sería publicada en febrero de 1974 junto a *Vivir sin mentira*.



prensa está dirigida contra nuestro pueblo, contra nuestra sociedad: atontar, aturdir, apartar con miedo y repugnancia a mis compatriotas de mi libro, pisotear en los ciudadanos soviéticos el *saber*»<sup>15</sup> y que «la iracunda campaña de prensa le oculta al lector soviético lo principal: ¿de qué trata este libro? ¿Qué significa esa extraña palabra “GULAG” en su título? *Pravda* miente: el autor “mira con los ojos de aquellos que colgaban a los obreros y campesinos revolucionarios”. ¡No! Con los ojos de aquellos a quienes fusilaba y torturaba la NKVD» (*Ibid.*, pp. 447). Le acusan de profanar «las tumbas de los caídos en la Guerra Patria», a lo que responde que su «libro no trata en absoluto de esta guerra ni de nuestros veinte millones de caídos, sino de los otros SESENTA MILLONES aniquilados en cuarenta años de guerra interior, torturados en secreto, muertos de frío en las soledades, matados de hambre por repúblicas enteras» (*Ibid.*, p. 452).

Pero, en cualquier caso, hallándose el *Archipiélago* a salvo, Solzhenitsyn está satisfecho: «He cumplido mi deber ante los muertos, esto me da alivio y tranquilidad. Esta verdad estaba destinada a ser aniquilada, la mataban, ahogaban, quemaban, reducían a polvo. Pero he aquí que está reunida, viva, impresa, y esto ya no lo borrarán nadie»<sup>16</sup>. A pesar de todo, en Rusia sigue habiendo gente que apoya y valora a Solzhenitsyn, como muestra una reseña del 4 de febrero titulada “Una brecha en el silencio”:

En nuestros periódicos han declarado que Solzhenitsyn es un traidor y un entreguista. Y efectivamente *ha entregado*, no a su patria, por supuesto, por la que luchó valerosamente, y no a su pueblo, a quien honra con sus obras y con su vida, sino a la Dirección de los Campos —el GULAG—, *ha entregado a la publicidad* la historia de la muerte de millones de personas, ha contado con hechos concretos, testimonios y biografías en mano, la historia que cada uno ha de conocer de memoria, pero que el poder por razones inconcebibles trata con todas sus fuerzas de *entregar al olvido*. [...] Los crímenes cometidos en nuestro país a una escala aún nunca vista en la historia, empezaron asiduamente a

ser arrancados de la memoria del pueblo. [...] Solzhenitsyn —un hombre-epopeya, un hombre-leyenda— ha vuelto a romper la muralla del silencio; ha devuelto a lo ocurrido su realidad, a la multitud de víctimas y de destinos, su nombre, y sobre todo, a los acontecimientos su peso real y su aleccionador sentido (*Ibid.*, p. 451).

El Comité Central emitió una orden de expulsar a Solzhenitsyn antes del 14 de febrero, y la tarde del 12 de febrero fue detenido en su casa, pasa la noche en el calabozo y al día siguiente lo deportaron en un avión a Alemania. Durante el arresto, su mujer, que no sabía lo que estaba ocurriendo ni si su marido seguía vivo o estaba muerto, llamó al abogado que tenían en Occidente y ordenó la publicación de todas sus obras. Comenzaba para Solzhenitsyn una nueva etapa en su vida:

Toda la vida había estado sufriendo por la imposibilidad de decir la verdad en voz alta. Toda mi vida había consistido en irme abriendo camino hacia ésta abierta verdad pública. Y ahora, por fin, me había vuelto más libre que nunca, sin ninguna espada colgándome encima, y decenas de micrófonos de las mayores agencias mundiales estaban tenidos hacia mi boca: ¡habla! ¡E incluso quedaba forzado no hablar! Ahora puedo hacer las más importantes declaraciones, y las repartirán, repartirán, repartirán... Pero dentro de mí algo se ha cortado. [...] He hablado bastante mientras estaba en la Unión Soviética. Ahora me callaré [...]. Me refería a callarme ante los micrófonos, pero mi estancia en Europa ya desde las primeras horas, desde los primeros minutos, la entendí como actividad, por fin, sin obstáculos: llevaba veintisiete años escribiendo para *el cajón* [...]. Sólo ahora puedo rápida y cuidadosamente recoger mi cosecha (*Ibid.*, p. 369).

Esta nueva etapa —que resumiremos muy brevemente, empleando fundamentalmente dos discursos de 1978 (Harvard) y 1983 (Premio Templeton)— es fundamental para terminar de entender el pensamiento de Solzhenitsyn. Entre 1974 y 1994 —año en que volvería a su Rusia

<sup>15</sup> Declaración del 2 de febrero de 1974, *apud ibíd.*, p. 452.

<sup>16</sup> Entrevista a la revista *Time* el 19 de enero de 1974, *apud ibíd.*, p. 450.



natal— vivió en Suiza y Estados Unidos, donde pudo conocer personalmente lo positivo y lo negativo de Occidente, y en general, se desilusionó por la superficialidad humana que vio en el *Homo occidentalis-capitalista*, vendido espiritualmente al consumismo, al materialismo y al pensamiento único de la masa: «sin ninguna censura en Occidente, las tendencias de moda en el pensamiento y en las ideas [...]; una selección impuesta por la moda y por la necesidad de acomodarse a las normas masivas, frecuentemente impide que las personas con mayor independencia de criterio contribuyan a la vida pública. Hay una peligrosa tendencia a formar una manada, apagando las iniciativas exitosas» (Solzhenitsyn, 1983).

Ya había empezado a intuir esto en sus últimos años en la URSS, cuando escribe que «de Occidente no se podía esperar nada [...]. Si alguna lección saca la humanidad del siglo XX, se la habremos dado nosotros a Occidente, y no Occidente a nosotros: con su prosperidad demasiado facilona se les han debilitado la voluntad y la inteligencia» (Solzhenitsyn, 1977: 106) y que, a pesar de haber ayudado con su publicidad a muchos personajes perseguidos como él, «el mundo occidental [...] para sí mismo no ha sacado de ello la lección completa, no ha tenido la altura de miras de asimilar que nuestros perseguidos no sólo agradecen su defensa, sino que también les dan un alto ejemplo de firmeza y espíritu de sacrificio en el límite mismo de la muerte»<sup>17</sup>. Pero es su experiencia en Europa y Estados Unidos la que le lleva a corroborar que «el mundo se encuentra en una aguda crisis espiritual» (Solzhenitsyn, 1978) y que en el Occidente de las libertades y la democracia se había llegado a la misma *putrefacción del alma* y *esclavitud espiritual* que perseguían las ideologías totalitarias. Es más, considera que esta crisis espiritual es más sintomática de la sociedad occidental que de la vieja Rusia, donde:

...hemos pasado por un entrenamiento espiritual que aventaja, de lejos, a lo experimentado por Occidente. La compleja y mortal presión de la vida cotidiana ha producido personalidades más fuertes,

más profundas y más interesantes que las generadas por el bienestar estandarizado de Occidente. [...] Después de décadas de sufrimiento, violencia y opresión, el alma humana anhela cosas más altas, más cálidas y más puras que las ofrecidas por los hábitos de convivencia masiva introducidos por la invasión repugnante de la publicidad, el aturdimiento televisivo [...] (*ídem.*).

Solzhenitsyn considera que la causa está «en la misma base del pensamiento humano de los últimos siglos. Me refiero a [...] la autoproclamada y practicada autonomía del ser humano de cualquier fuerza superior. [...] Nos retiramos de lo espiritual y fuimos abrazando todo lo que es material de un modo excesivo e ilimitado»; «pusimos demasiadas esperanzas en las reformas políticas y sociales, sólo para después darnos cuenta de que estábamos siendo privados de nuestra posesión más preciada: nuestra vida espiritual. En el Este, es pisoteada por los negocios y las intrigas del partido gobernante. En Occidente, es sofocada por los intereses comerciales». El mundo está dominado por «una conciencia desespiritualizada y un humanismo irreligioso» que han «hecho del hombre la medida de todas las cosas que existen sobre la tierra; ese mismo ser humano imperfecto que nunca está libre de jactancia, egoísmo, envidia, vanidad y docenas de otros defectos»<sup>18</sup>.

El mundo moderno resultante de esta ‘desespiritualización’ de la conciencia, dice Solzhenitsyn, no es capaz de responder a las exigencias más altas del ser humano: «El hombre se ha propuesto conquistar el mundo, pero en el camino ha perdido su alma. Eso que es llamado humanismo, pero que sería mucho más correcto denominar “antropocentrismo irreligioso”, no puede ofrecer respuestas a las preguntas más esenciales de nuestra vida» (Pearce, 2003), y el Occidente contemporáneo «demuestra con su propio ejemplo que la salvación humana no puede ser hallada ni en la abundancia de bienes materiales ni en un mero hacer dinero. [...] Nuestra vida consiste no en la búsqueda de éxito material sino en la búsqueda de

<sup>17</sup> Declaraciones a la agencia *Associated Press* y al diario *Le Monde* (23 agosto 1973), *apud ibíd.*, p. 443.

<sup>18</sup> Todas las citas entrecomilladas de este párrafo pertenecen al mismo discurso de 1978, *ídem.*



un crecimiento espiritual valioso» (Solzhenitsyn, 1983). Esta forma de concebir al ser humano lleva a Solzhenitsyn a afirmar que «el deterioro de la conciencia humana, privada de su dimensión divina, ha sido un factor determinante en los mayores crímenes de este siglo» y que, en última instancia, «los hombres han olvidado a Dios; esa es la causa de todo» (*Ídem*).

### Colofón

A lo largo de estas páginas hemos podido comprobar que Solzhenitsyn, que siempre ha sido leído e interpretado en clave exclusivamente política, más que una teoría o una *verdad* social o política<sup>19</sup>, mostró a la humanidad —no con *ideas*, sino a través de su propia *vida* y de las *vidas* de sus personajes— una forma de estar ante la realidad y de *vivir sin mentira*.

Posiblemente sea cierto aquello que escribió Jean-François Revel de que «la primera de todas las fuerzas que dirigen el mundo es la mentira»<sup>20</sup>. La amenaza —camuflada, pero real— de regímenes basados en la alienación del individuo-masa, incapaz de pensar por sí mismo y de distinguir la realidad de la ficción y lo verdadero de lo falso, sigue siendo un hecho<sup>21</sup>, y es por ello que considero que Solzhenitsyn tiene mucho que decirnos a nosotros, una humanidad cansada y desorientada. Con su vida y obra nos testimonia que «la verdad es perseguida, pero al fin, nunca vencida»<sup>22</sup> y que la única forma de resistir a la aplastante y homogeneizadora fuerza de la mentira ideológica es una fidelidad última a la propia humanidad, a la dimensión espiritual del alma, al corazón del hombre, en el cual reside «la llave fundamental

de nuestra existencia o de nuestro aniquilamiento» (Solzhenitsyn, 1983).

El ejemplo de Solzhenitsyn —como el de tantos otros individuos libres que han luchado por la verdad, incluso hasta entregar su vida— nos interpela a todos; nos obliga a tomar una decisión. Ser cómplices de la mentira que nos rodea y resignarnos a vivir alienados en una masa conformista, o, por el contrario, decidir buscar y secundar la verdad en todos los ámbitos de lo real. «Cada uno, en su intimidad, debe realizar una elección: o seguir siendo siervo de la mentira voluntariamente [...], o despreciar la mentira y volverse un hombre honesto y digno de respeto tanto para los hijos como para los contemporáneos. [...] Verdad o falsedad: libertad o servidumbre espiritual» (Solzhenitsyn, 1974). Es responsabilidad de cada uno de nosotros. La pelota está sobre nuestro tejado, y este interminable partido comienza a jugarse en el corazón de cada uno.

### REFERENCIAS

Aleksiévich, Svetlana (2015). *El fin del Homo sovieticus*. Barcelona. Acantilado.

Arendt, Hannah (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid. Taurus. He manejado una edición digital disponible en línea en <<https://lari-sadelsler.wikispaces.com/file/view/Arendt-Hannah-Los-Origenes-Del-Totalitarismo.pdf>> [última visita el 13/12/2017].

Berdiáyev, Nikolái (1939). *The Paradox of the Lie* (trad. de Fr. S. Janos, 2000). Disponible en

<sup>19</sup> «El lector que espere encontrar en esta obra una acusación política puede cerrarla aquí mismo», dice en *Archipiélago Gulag* (Solzhenitsyn, 2002: 87 [ed. digital; últimas páginas del capítulo 4 de la primera parte])

<sup>20</sup> Revel, 1989: 7 [ed. digital; primera línea del capítulo 1].

<sup>21</sup> Salvando naturalmente las distancias, permítanme recomendar la novela de Philip K. Dick, *The Man in the High Castle*, New York, Putnam, 1962, así como la serie televisiva homónima. En clave distópica muestra cómo los regímenes totalitarios logran —y se sustentan sobre— una masa alienada de sujetos incapaces de distinguir lo verdadero y lo falso, el hecho y

la ficción: «The madmen are in power. How long have we known this? Faced this? And how many of us do know it? [...] I suppose only a few are aware of all this. Isolated persons here and there. But the broad masses... what do they think? All these hundreds of thousands in this city, here. Do they imagine that they live in a sane world? Or do they guess, glimpse, the truth...?» (Dick, 1962: 32 [pág. de la ed. digital disponible en <<http://libgen.io/ads/1B89029B3C60330B89970BE1945C0857>>).

<sup>22</sup> Proverbio ruso, *apud*. Solzhenitsyn, 1977: 102.



línea en [http://berdyaev.com/berdiaev/berd\\_lib/1939\\_XXX.html](http://berdyaev.com/berdiaev/berd_lib/1939_XXX.html) [última visita el 15/12/2017].

De Haro, Ana (2014). Todos somos Iván Denísovich. En: Samizdat. Crónica de una vida nueva, 13/12/2014. Disponible en línea en <http://periodicosamizdat.com/todos-somos-ivan-denisovich> [última visita el 15/12/2017].

Dell'Asta, Adriano (2002). La ricerca dell'Assoluto nella letteratura: Aleksandr Solzenicyn. Cooperativa Cattolico-Democratica di Cultura, intervención del 07/03/2002. Disponible en línea en <http://ccdc.it/UploadDocumenti/020307DellAsta.pdf> [última visita el 13/12/2017].

Dell'Asta, Adriano (coord.) (2010). SOLZHENITSYN: vivir sin mentira. Madrid. Asociación para la Investigación y la Docencia Universitas.

Lenin, Vladimir Ilich (1973/1977). Collected Works. Moscú, Progress Publishers, Vols. 33 y 42, 1973 y 1977 respectivamente. Disponibles en <https://archive.org/details/LeninCW> [última visita el 15/12/2017].

López Herrera, Pablo (2009). Solzhenitsyn. Pensamiento, vida y obra. Acton Institute. Disponible en línea en <http://institutoacton.com.ar/oldsite/articulos/plopezherrera/artlopezherera7.pdf> [última visita el 15/12/2017].

Pearce, Joseph (2003). An Interview with Alexander Solzhenitsyn. En: St. Austin Review, 2(2), febrero. Disponible en línea en <https://catholiceducation.org/en/culture/art/an-interview-with-alexander-solzhenitsyn.html> [última visita el 15/12/2017].

Pearce, Joseph (2011). Solzhenitsyn. A Soul in Exile. San Francisco. Ignatius. Epub disponible en línea en <http://gen.lib.rus.ec/book/index.php?md5=46125106D1615C3A22E18F2987C39D6E> [última visita el 17/12/2017].

Revel, Jean-François (1989). El conocimiento inútil. Barcelona- Planeta. Edición digital disponible en <http://tarija-digital.com/wp-content/uploads/2014/10/el-conocimiento-inutil.pdf> [última visita el 15/12/2017].

Schmitt, Carl (2009). El Concepto de lo político. Madrid. Alianza.

Solzhenitsyn, Aleksandr (1969). En el Primer Círculo. Buenos Aires. Emecé. Edición digital disponible en <https://scribd.com/doc/53751183/Alexander-Solzhenitsyn-En-El-Primer-Circulo> [última visita el 16/12/2017].

Solzhenitsyn, Aleksandr (1974). "Vivir sin mentira", *Washington Post*, 18 de febrero de 1974. Disponible en <http://estaticos.el-mundo.es/documentos/2010/04/07/solzhenitsyn.pdf> [última visita el 18/12/2017].

Solzhenitsyn, Aleksandr (1977). Memorias (Coces al aguijón). Barcelona. Argos.

Solzhenitsyn, Aleksandr (1978). A World Split Apart. Discurso de graduación en Harvard, 8 de junio de 1978. Versión original disponible en <http://americanrhetoric.com/speeches/alexandersolzhenitsynharvard.htm>; traducción española en <http://conoze.com/doc.php?doc=8771> [última visita el 17/12/2017].

Solzhenitsyn, Aleksandr (1983). Godlessness: the First Step to the Gulag. Londres. Templeton Prize Lecture. 10 de mayo de 1983. Disponible en línea en <http://orthodoxnet.com/blog/2011/07/men-have-forgotten-god-alexander-solzhenitsyn>, [última visita el 18/12/2017].

Solzhenitsyn, Aleksandr (1989). From Under the Rubble. Washington D. C. Regnery Gateway.

Solzhenitsyn, Aleksandr (1993). Pabellón de cáncer. Barcelona. Tusquets. Ed. digital disponible en <https://es.scribd.com/document/63443507/El-pabellon-del-cancer-Alexander-Solzhenitsyn>, [última visita 13/12/2017].





Solzhenitsyn, Aleksandr (2002). Archipiélago Gulag. Barcelona. Tusquets. Ed. digital disponible en <<https://es.scribd.com/doc/287290/Alexandr-Solzhenitsyn-Archipiélago-Gulag>>, [última visita el 14/12/17].

Solzhenitsyn, Aleksandr (2008). Un día en la vida de Iván Denísovich. Barcelona. Tusquets.

**Cambio Universitario**

**Síguenos en nuestras redes sociales:**

**Correo:**

[poruncambiouniversitario@gmail.com](mailto:poruncambiouniversitario@gmail.com)

**Blog:** <https://cambiouniversitario.wordpress.com>

**Twitter:** @Cambio\_UCV 

**Facebook:** Cambio Universitario 

**Caracas-Venezuela.**

**Universidad Central de Venezuela**